

VI Seminario Internacional del Grupo de Investigación Escritoras y
Escrituras.

Las revolucionarias. Literatura e insumisión femenina

UNIVERSIDAD DE OVIEDO

2, 3 y 4 diciembre de 2009

**PETICIONARIAS ESTADOUNIDENSES: “HABITANTES FEMENINOS” DE LA
COMUNIDAD CIUDADANA DE LA NACIÓN**

MONTSERRAT HUGUET

RESUMEN/ABSTRACT

En la era Jacksoniana (1829-1937) se desató el movimiento peticionario entre las mujeres de la joven nación americana. Desde el tiempo de las peticionarias, mujeres que a mediados del siglo XIX, abogaban por una sociedad libre de esclavitud y plena de derechos para hombres y mujeres por igual, hasta la consolidación de la nación estadounidense en la hegemonía internacional de la segunda mitad del siglo XX, transcurrió un largo siglo repleto de ensayos de modernidad en América. Las peticionarias están en los orígenes de estos ensayos. Este texto recuerda algunas de las valientes iniciativas de mujeres

estadounidenses cuyo trabajo doméstico y familiar no les impidió ser abanderadas de causas que en la época resultaban utópicas.

In the Jackson age (1829-1937) the petitioner movement came untied among the women of the young American nation. From the time of this Petitioner Women –those madams who fought hard to win a society free from slavery but full in rights for both, men and women, (at the first half of the 19th century)- to the time of reinforcing American US nation, up into international hegemony at the second half of 20th century, a long century full of trials on modernity took place in US. The Petitioner Women are in the origins of these essays. This text reminds us some of the brave initiatives of American women whose housekeeping and relatives did not prevent them from being leaders of fights that in the time were turning out to be Utopian.

TEXTO

En 1869 las hermanas Smith de Connecticut pedían infructuosamente el voto para las mujeres argumentando que las actividades económicas de las mujeres, al igual que las de los hombres, eran gravadas con impuestos. Y tenían razón –en el hecho de solicitar, quiero decir- a juicio de quienes ostentaban entonces el gobierno de la Nación. Las damas viudas o sencillamente eran independientes eran libres de pedir o solicitar ya que ningún mortal las amparaba y solo Dios se acordaba de ellas. No sucedía tal con las casadas y mujeres dependientes, cuyo marido o tutor, que era quien aportaba los recursos, hacía las veces por ellas de mediador en el ejercicio de su ciudadanía.

Ahora bien, si el privilegio de votar no llevaba aparejada obligación alguna de pagar impuestos –argumentaban los caballeros- las sufragistas debían reconocer entonces que el hecho de pagar impuestos no guardaba la cualidad de conceder el voto automáticamente¹. Carrie Chapman Catt comparaba la situación de falta de libertades para las mujeres con la de Rusia, sin llegar a comprender que la república, que se consideraba a sí misma la más tolerante del mundo, pudiera limitar el ejercicio de expresión y petición. Carrie fue considerada como una peligrosa radical,

¹ La *National American Women Suffrage Collection, 1850-1920*, Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, Sección de Pintura y Fotografía, es una interesante colección documental –textos, grabados y fotografías principalmente- relativa a la historia de las peticiones femeninas de voto en los Estados Unidos. Las 38 imágenes de esta colección fueron donadas por la líder del sufragismo Carrie Chapman Catt, presidenta de la *National American Women Suffrage Association (NAWSA)* en 1938. Una excelente biografía de Carrie con base documental y densa información política es la de BOOTH FOWLER: 1986.

de tal suerte que sobre su vida y actividades públicas recayeron las continuas investigaciones del FBI.

De este modo, apresadas por los hilos de la tramoya legal moderna, las mujeres con atisbos de querer abanderar causas patrióticas o republicanas hubieron de conformarse con expresar su afección a la ciudadanía por medio de gestos altruistas, sin ir más lejos, el de la lealtad. Las mujeres y esposas de los ciudadanos eran verdaderamente leales. Se reunían en sus clubes para decir oraciones y entonar cánticos, contribuían con sus plegarias al bienestar social y escuchaban los sermones cívicos con un fervor a prueba de desalientos. Tal era la tradición cívica de estas señoras acuñada durante la segunda mitad del siglo XIX, que a mediados del siglo XX los Clubes de Mujeres estadounidenses se comportaban aún como residuos tolerados del pasado, y observados con simpatía benevolente por parte de los prohombres de la ciudad. Los clubes –como los templos– las mantenían entretenidas y ocupadas bien lejos del consumo intolerable que hacía furor en algunas zonas del país. *“La señora Wapshot había fundado el Club de Mujeres en Saint Botolphs y la ocasión se conmemoraba todos los años en el desfile. Coverly no recordaba un 4 de Julio en el que su madre no hubiera aparecido en su papel de fundadora. La carroza (del Club) era sencilla. Una alfombra oriental cubría el suelo del camión o la carreta. Las seis o siete socias fundadoras iban sentadas en sillas plegables, de cara a la trasera del camión. La señora Wapshot estaba de pie ante un atril, llevaba sombrero, tomaba sorbitos de un vaso de agua de vez en cuando y sonreía tristemente a las socias fundadoras...”*²

² CHEEVER: 1985, p. 19.

Una de las formas más tempranas a la que acudieron las antepasadas de la señora Wapshot para dar fe de su ciudadanía fueron las peticiones antiesclavistas. En 1835 algunas mujeres honorables pero sobre todo blancas y libres explicitaron un derecho que les fue reconocido como elemental, me refiero al derecho de *petición*. La interpretación de la ley natural decía que todos los individuos -en adelante ciudadanos- estaban en posesión del derecho de petición y que los legisladores o representantes de la nación estaban obligados a escuchar y darles respuesta. Resultaba curioso que al hacer uso de este derecho, las mujeres no pidieran nada para ellas mismas sino que lo hicieran para otros. En sus peticiones, en este caso relativas a la abolición de la esclavitud, apelaban a la compasión desde la autoridad que otorgaban los argumentos de la religión. Al ser la esclavitud un pecado –aducían- era contraria a los preceptos religiosos que guiaban la nación.

Con este sencillo argumento hacían publicidad de una superioridad moral, la de las mujeres, difícilmente tolerable aún. La cuestión planteada, como puede verse, no era humanitaria sino de calado civil. ¿Podía la moral de unos individuos peticionarios prevalecer sobre el sentido del voto de otros?, ¿podían los negros –como sujetos de la ley- hacer por su parte la petición de que la esclavitud fuese abolida?... A la luz de interrogaciones valoradas como absurdas por los caballeros de la época, el uso de las peticiones sirvió para hacer visible el agujero que se estaba formando en el denso tapiz que daba acceso a la acción pública y que, a la luz de los focos del liberalismo, se mostraba reticente a ser descorrido por las

mujeres. Se estimaba que el uso de este derecho natural de petición podía alterar sustancialmente el estado de las cosas.

Durante las dos décadas que discurren entre 1820 y 1840 los Estados Unidos experimentan un conjunto de transformaciones decisivas. El impacto de la Primera Revolución Industrial en las regiones del noreste, la inundación de colonos en el oeste, la implosión de los centros urbanos y el desarrollo inicial del transporte a gran escala constituyen cambios de tal magnitud que promueven la sustitución de los viejos hábitos económicos, sociales y políticos. La consolidación de nuevas fuerzas extensas exigía el cambio radical de los hábitos. El político tradicional, *profesional*, se veía incapaz de hacer frente a las exigencias de los nuevos grupos dominantes y de una generalidad de ciudadanos a la que le estaban siendo prometidas sin desdoro la riqueza y el progreso. Entretanto, los hacedores de mentalidad –poetas y filósofos- trabajan a marchas forzadas. Democracia y frontera, reparto y beneficios, frontera y civilización, hombres y acción, son fragmentos de una coyuntura singular camuflada de continuidad histórica.

Con el advenimiento de la era Jacksoniana (1829-1837) se había desatado una fiebre peticionaria por parte de grupos de interés que, con demasiada frecuencia, agitaba a la opinión pública con fines particulares. En 1837 la Cámara de Representantes decidía que los esclavos no eran ciudadanos y por lo tanto carecían del derecho de *petición*.... No así las mujeres, a las que se reconocía su condición ciudadana, si bien se estimaba que se trataba de un tipo de ciudadanía, la suya, *diferente*. Con el sesgo condescendiente que caracterizaba el gesto magnánimo de los

varones, el reconocimiento del derecho a la petición ejercido por las mujeres las aproximaba -solo eso- al estatus de ciudadanas. La campaña de petición antiesclavista iniciada en 1835 fue una de las primeras iniciativas de una larga serie en la que mujeres de condición burguesa – blancas y favorecidas por un cierto desahogo económico- planteaban al Congreso³ y en general a la opinión pública una solicitud no individual, y tomaban parte activa del diálogo público. En 1837 las hermanas Grimké, Sarah y Angelina, cursaron una gira de conferencias para hablar de la esclavitud. En 1838 Sarah Grimké en sus *"Cartas sobre la igualdad de los sexos y la situación de la mujer"*⁴ escribía: *"Me regocijo porque estoy convencida de que a los derechos de la mujer, lo mismo que a los derechos de los esclavos, les bastará con ser analizados para ser comprendidos y defendidos, incluso por algunos de los que ahora tratan de asfixiar los irreprimibles deseos de libertad espiritual y mental que se agitan en el corazón de muchas mujeres y que apenas se atreven a descubrir sus sentimientos"*. Pero que las mujeres tomaran la palabra frente a los hombres parecía inadecuado. Ni siquiera el estilo cuáquero de las mujeres suavizaba el juicio negativo de los hombres sobre su actividad. Eran mujeres del sur que habían renegado de su condición de propietarias de esclavos y habían emigrado al norte para promover la causa antiesclavista. Denunciaban el horror de la venta y el rapto de niños negros. Angelina presentó diez mil peticiones antiesclavistas ante la cámara legislativa de Massachussets. Fue la primera, pero no sería la última.

³ La documentación relativa a esta magna iniciativa está en la actualidad custodiada por el proyecto: *Our Mothers before Us*, radicado en el Outreach Branch, Center for Legislative Archives, (Senado de los EEUU), Main National Archives Building in downtown Washington, DC.

⁴ GRIMKÉ: 1838, pp. 10-16.

Lo que más irritaba a las autoridades no era el contenido de las peticiones sino el hecho de que fueran mujeres quienes las hicieran. La capacidad comunicativa de las mujeres se tornaba irritante a la sociedad. Piénsese que, aún en instituciones universitarias, como el Oberlin Collegiate Institute (Ohio) fundado en 1833⁵, en las que se educaban hombres y mujeres, solo los varones podían ejercer su derecho a presentar sus trabajos en público. Las estudiantes femeninas de Oberlin habían de escuchar en silencio la lectura de sus propios trabajos en la voz del profesor de las materias aprendidas. En Oberlin en 1833 había quince estudiantes mujeres y dos años más tarde se hizo publicidad de que se admitían chicas independientemente del color de su piel. En 1837 cuatro jóvenes eran matriculadas en los cursos regulares del College y en 1850 el Oberlin Collegiate Institute se convertía en College. Pero, con todo, el Latín, el Griego o el Hebreo –aunque lenguas muertas- no eran estudios considerados apropiados para las señoras. Conocer las lenguas clásicas daba acceso a las versiones originarias de la Biblia y con ello a la libre interpretación de las Escrituras, texto que –a juicio de las autoridades morales- certificaba la superioridad de los hombres sobre las mujeres. Pero las mujeres entendían que las malas traducciones lesionaban el juicio público acerca de ellas y por eso el conocimiento de las lenguas era un instrumento útil para la rectificación de las opiniones lesivas. En 1847 solo dos chicas estudiaban Teología en Oberlin, y en el día de su graduación y, pese a haberse rebelado contra la costumbre, la estudiante Lucy Stone, la primera universitaria graduada de Massachusetts, se vio sometida al

⁵ KIRWIN et alii.: 1990.

silencio de su propias palabras que hubo de escuchar dichas por un varón. Stone era para la época una radical sin duda. En su haber rebelde está también el hecho de haberse negado, con éxito, a perder su apellido tras el matrimonio.

Entre 1831 y 1865 se presentaron al Congreso unos tres millones de firmas de mujeres –muchas de ellas captadas en campaña puerta a puerta- de petición antiesclavista. Su finalidad no era otra que abrir el debate que terminaría siendo crucial para hacer posible la abolición⁶. La prohibición del voto no tenía por qué significar inhibición política y ellas firmaban sus peticiones como *female inhabitants*, habitantes femeninos de la comunidad ciudadana de la nación. Esta fue sin duda una manera eficiente de encarar la originaria dificultad del voto, pero sobre todo de ir abandonando el recinto del hogar por obra de razones extra domésticas. La acción unívoca que se había enseñoreado en el tradicional ejercicio de la caridad hacia los semejantes menesterosos flojeaba ante proyectos tan suntuosos como la liberación de los esclavos, cuya fuerza económica era para el país de primer orden. La autoestima de las peticionarias crecía, de manera que en los años cuarenta ellas se autoproclamaron *Women of América* (Mujeres de América). La opinión pública las denominaba de manera más modesta, sencillamente *Ladies* (señoras). En esta peculiar coyuntura histórica se dio pues una extraña alianza entre las demandas de la raza y del género. Las mujeres negras, las indias y las mestizas, afrontaban en una sociedad que tendía al crecimiento y la opulencia la

⁶ ZAESKE: 2003.

doble circunstancia de estar excluidas en términos de raza y de democracia⁷.

En 1848 dos abolicionistas, Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton, proclamaban que los derechos de las mujeres sufrían casi tanto menoscabo como los de los esclavos negros. Les llevó ocho años organizar el Primer Congreso –Convención- sobre los derechos de las mujeres, celebrado en julio de 1848 con asistencia de unas trescientas personas. Se reunieron en la Iglesia Metodista de Seneca Falls, Nueva York, para emitir finalmente una Declaración, la Declaración de Seneca Falls: “que hombres y mujeres fueron creados iguales”, que causó estupor a la nación si bien hoy llama la atención precisamente por su simpleza. En realidad, la declaración no hacía más que seguir la Declaración de independencia dada por el Presidente Jefferson cuando acusaba al rey Jorge III de tiranizar a los hombres. Solo había que sustituir a Jorge III por los hombres y a los hombres por las mujeres. La Declaración fue firmada por cien personas, treinta y dos de ellas varones.

Pero, la esclavitud y la desigualdad de género no era el único asunto incorrecto que erradicar en un país que se vanagloriaba de la conquista económica y territorial. Junto con las antiesclavistas otras mujeres –quizá menos visibles- se ocuparon del maltrato y abandono sistemático que sufrían los enfermos mentales y los discapacitados. La señorita Dorothea Dix⁸ escribió *Memorial to the Legislature off Massachussets* (1843), una denuncia descarnada del encarcelamiento, abandono y sufrimiento en las

⁷ AMIDON: 2007, pp. 305-328.

⁸ PAULSON HERSTEK: 2001.

prisiones, casas de pobres y asilos del país. Dorothea Dix (1802-1887) fue profesora de Nueva Inglaterra pero es considerada como una de la primera reformadora social del país. En su escuela dominical enseñaba a las mujeres prisioneras y tomaba conciencia las penosas condiciones en las que se obligaba a vivir a los pacientes mentales, encarcelados en prisiones. El trabajo de Dix no era benéfico al uso de aquellos tiempos, sino que usaba la palabra en campañas destinadas a reformar las leyes y obtener fondos con los que construir centros más humanos.

Las jóvenes americanas, incluso antes de que los *cuarentayochos* sirvieran de palanca a los hábitos públicos de las señoras, evitaban la paz victimista y aprendían a disfrutar de su capacidad para debatir en los encuentros que propiciaban el asociacionismo de las mujeres en instituciones como la *Sociedad Antiesclavista de Mujeres de Concord*⁹, Massachussets. El primero de agosto de 1844 un joven Henry David Thoreau hacía sonar la campana que abría las sesiones del encuentro anual de la Sociedad, en cuya fundación (1837) habían participado su madre y sus hermanas; Thoreau se mostraba ante las mujeres como el hijo de una madre de la República. *“Un licenciado por Harvard podía escoger su futuro entre cuatro carreras: la religiosa, la jurídica, la médica o la docente. Cuando todavía era un estudiante, Thoreau preguntó a su madre (Cynthia Dunbar) cuál escoger. Ya puedes hacer el petate, le respondió, y marchar por el mundo para hacer fortuna. La broma le hizo saltar las lágrimas, pero su hermana Helen le consoló: No, te quedarás en casa y vivirás con nosotros. Y así fue”*¹⁰. Las mujeres le acogieron y Thoreau, el

⁹ Propongo un relato de la así llamada microhistoria: PETRULIONIS: 2006.

¹⁰ CASADO DA ROCHA: 2004, p. 51.

poeta, el autor de *Walden y la desobediencia civil*¹¹ -el salvaje Thoreau-, se mantuvo sensible a su actividad peticionaria. Las biografías de Thoreau recogen que en 1843 había escuchado un mitin cuáquero de Lucrecia Mott y que nunca dio la espalda a los intereses abolicionistas de las damas. Solo en un momento estuvo faltó de reflejos para dejarse seducir por los deseos de las mujeres. “Fue (en el verano de 1839) cuando su joven enamorada, Ellen,(...) le pidió que la acompañase al servicio religioso. Thoreau se negó en redondo y le explicó que su lugar de culto se encontraba de puertas afuera”¹².

Era sabida la fobia de Thoreau fobia por las estructuras formales de la joven sociedad americana. Para reafirmar públicamente su posición David Thoreau escribiría "La relación del individuo con el Estado", texto que presentó en una conferencia ofrecida en Concord, en enero de 1848 y que otra mujer, esta vez Elizabeth Peabody -cuñada del novelista Hawthorne- se encargó de publicar en su revista *Aesthetic Papers*¹³, en el número mayo de 1849 bajo el título de "Resistencia al Gobierno Civil"¹⁴. En el contexto previo a la *Augustan Age*, como se denomina a las décadas centrales del XIX, Elizabeth Peabody era una educadora notable, iniciadora de los primeros jardines de infancia en Boston. En 1836, Elizabeth se unió al Club Transcendental de Ralph Waldo Emerson y participó muy activamente en la publicación *The Dial*, órgano de gran influencia del

¹¹ THOREAU (1854): 2005.

¹² CASADO DA ROCHA: 2004, p. 54.

¹³ PEABODY (1848): 2005.

¹⁴ "Resistencia al Gobierno Civil" acabaría convertido en las Obras Completas de Thoreau -publicadas después de su muerte en 1862- en *Desobediencia civil*. Este texto, polémico en su momento, cayó sin embargo en el olvido y ni el mismo Thoreau se refería casi nunca a él.

Movimiento Transcendentalista entre 1840 y 1844 y de las letras estadounidenses. Realmente los años cuarenta de aquel siglo respiraban un aire de libertad y creatividad muy singular. Las conferencias, los escritos y las experiencias de Whitmann, Emmerson, Thoreau, Melville... Hawthorne, expresan la enormidad de las inquietudes culturales pero también de la vitales. Literatura, política o religión se confunden en los textos y las palabras. Los 16 números editados de *The Dial*, con sus colaboraciones extranjeras y temáticas variadísimas, son hoy considerados como una cumbre de la cultura americana del siglo pasado.

Por no abandonar *The Dial*, es de justicia recordar el magnífico ensayo de Margaret Fuller: “*The Great Lawsuit. Man versus Men; Woman versus Women*”, considerada la primera vindicación de las mujeres en el continente Americano. Fuller obvia las reivindicaciones abstractas al estilo de Mary Wollstoncrafts y se inclina por el planteamiento de un conjunto de exigencias prácticas encabezado por el ya famoso prefacio del texto: “*By man I mean both man and woman; These are the two halves of the thought...*”¹⁵ La palabra clave en el pensamiento de Fuller era *compartir*, compartir las mismas tareas y disfrutar de los mismos derechos. El esfuerzo de equiparación es inducible en Fuller, cuya filosofía vital gira – precisamente por el reconocimiento de la pobreza educativa en la que han crecido las mujeres- en torno a la expansión intelectual de las mujeres de su tiempo, la toma de conciencia del talento personal y el desarrollo armónico de la personalidad. Su obra clave: *Woman in The Nineteen Century* editada en *The dial* en 1943 con el título ya referido de “*The Great*

¹⁵ Ver “Preface” de *Woman in the 19th Century*, título con el que se reimprimió el ensayo de Margaret FULLER: 1941.

Lawsuit. Man versus Men; Woman versus Women”, alimenta una parte esencial del feminismo estadounidense.

La tradición estadounidense en este asunto era indudablemente anómala en el contexto occidental, ya que la mítica independencia de sus mujeres guardaba una intensa relación con ciertos fundamentos de la organización cívica americana difícilmente comprensibles en la Europa coetánea. Algunos hitos de la ficción literaria mostraron el camino de forma indudable. La experiencia política lastrada por los efectos perversos de la esclavitud sobre la nación es el tema que escoge Harriet Beecher Stowe¹⁶ para su *Uncle Tom's Cabin* (1852), en la que reivindica los principios de libertad y de igualdad defendidos por los primeros colonizadores en sus asentamientos en Nueva Inglaterra. La fuente de maldad que se asocia a la esclavitud –defiende Harriet Beecher Stowe– radica en la institución y no en los dueños y capataces de esclavos que hacen de la práctica esclavista el elemento esencial del crecimiento económico. Norte y Sur, ambos flancos de la nación eran culpables. *The Fugitive Slave Law* de 1850 hacía devolver a los esclavos libres a sus antiguos propietarios, contribuyendo a incrementar el salvajismo de una práctica arcaica e inhumana. Ese mismo año Harriet escribía *The Freeman's Dream: A Parable*, antecedente indudable de la *Cabaña del Tío Tom*¹⁷.

Pese a la escasa eficiencia inmediata de sus mensajes cívicos y políticos sobre las estructuras del poder y la economía –sus detractores

¹⁶ CROZIER: 1969.

¹⁷ KINDELAN: 1990, pp. 149-163.

criticaban la audacia con que transgredían los límites de su esfera femenina-, ambas, Harriet Beecher Stowe y Margaret Fuller, triunfaron como escritoras. Su fama trascendió las fronteras del país y se extendió por Europa. La venta de sus libros ayudó a sus maltrechas economías domésticas situándolas a las dos en un lugar curiosamente masculino, allí donde se obtenían los ingresos para alimentar y mantener el hogar. A fin de cuentas a esto se reducía casi todo, a la oportunidad de mantenerse y de mantener a los otros sin más limitación que la derivada del desarrollo de las propias capacidades, y ello mediante el acceso a la educación, el derecho a la opinión y a un trabajo dignificante, independientemente de la condición racial y de género. Por esto mismo y para que sus *Mujercitas* (1868) crecieran fuertes y sabiamente formadas, Louisa May Alcott (1832-1888)¹⁸ les procuró independencia de criterio muy en consonancia con el sentido personal de la responsabilidad que llevaba aparejado el crecimiento individual en el seno del grupo. La independencia de las jóvenes, al igual que lo fuera la de la nación, provenía de la educación¹⁹, la disciplina y el esfuerzo cotidiano administrados con grandes dosis de valentía, sentido común y perseverancia. A la observación realizada por una joven británica de que las chicas norteamericanas “*van al colegio más que nosotras*”, como si fuese una regla distintiva de signo pernicioso, la niña Margaret March responde que no es su caso ya que ella debe trabajar como institutriz para ganarse el sustento.

Ciertamente, las chicas americanas no iban a la escuela en el siglo XVIII. La educación de las pioneras era muy rudimentaria y apenas si les

¹⁸ FEITO: 2005.

¹⁹ PARKERSON y PARKERSON: 1998.

garantiza una posición digna en el matrimonio. Junto con las tareas domésticas aprendían a leer y a escribir en casa²⁰. En el XIX –ya fueran blancas o negras- querían ir a la escuela, viendo en ella un privilegio ya accesible y por ello mismo inexcusable, puesto que la opinión pública era reacia a declinar en la idea de que ni mujeres ni negros estaban hechos para aprender. Sin embargo, una cosa era la escuela y otra bien distinta la Universidad. En 1821 Emma Willard había abierto el primer centro para mujeres, el *Troy Female Seminary*, considerado, no como un College ciertamente, sino como una última etapa escolar. Y no era poca cosa, si tenemos en cuenta que a comienzos del siglo XIX, también en América, se consideraba que los negros tenían un cerebro más pequeño que los blancos y las mujeres que los hombres²¹. Resultaba difícil comprender que una mujer negra, Phillis Wheatley, hubiera aprendido latín y escrito poemas que se leían fuera del país.

Es conocido el impulso que la guerra de Secesión dio a los movimientos de mujeres y al sufragismo en los Estados Unidos²². La utilidad de las mujeres en ámbitos no domésticos era mostraba su afán de nuevas experiencias que, al concluir la guerra, como siempre sucede lejos de apagarse, se avivó. La guerra les había procurado nuevas ocupaciones y había relajado los hábitos de convivencia con los hombres. Hubo enfermeras y maestras en la retaguardia, pero también mujeres de negocios y otras que, quizá por el influjo de la convivencia con abogados o médicos, mostraban su inclinación por las profesiones liberales. Durante la

²⁰ Si bien no era considerado menester que la educación de las mujeres fuese pública, se comprendía sin embargo que los intereses de la familia estaban mejor protegidos si las mujeres aprendían. En BEECHER: 1842, p. 37.

²¹ HAKIN: 2006, pp. 125-137.

²² BAKER, 2005.

Guerra Civil Americana, sin embargo, las mujeres también tomaron las armas y entraron en combate. Hay un antes y un después en los Estados Unidos de América, por lo que a la configuración social del país se refiere, que tiene que ver con la Guerra de Secesión. Los historiadores lo saben bien²³. La guerra, como cualquier guerra, fusionó hábitos dispersos por una geografía extensa y variada, y diluyó la cerrada cosmovisión social europea aún presente en muchos ámbitos. Fundió, en definitiva, la condición particular de cada cual en su personal circunstancia que no era ni más ni menos que la de tantos otros como él, construyendo un único plano de experiencia –el del horror y la atrocidad, el de la carencia y la miseria- que igualaba condiciones, sociales, raciales y de género²⁴.

De igual manera que los hombres, las mujeres vivían en la promiscuidad de las campañas y morían a causa de las heridas de guerra. Tanto el Ejército Confederado como el de la Unión prohibieron el alistamiento, pero algunas chicas se disfrazaban de chicos y se dispersaban entre la tropa. Por eso mismo, no se sabía cuántas eran. Mary Livermore –conocida por su activismo político y sus numerosos escritos- menciona la estimación cerca de cuatrocientas en el ejército unionista en *My Story of The War. A Woman's Narrative of Four Years Personal Experience As Nurse in the Union Army*²⁵. Livermore fue directora Sección de la United States Sanitary Commission durante la guerra. La USSC se había creado para atender las carencias del deficiente servicio médico y sanitario del ejército, de otro lado, era preciso organizar donaciones de

²³ SCHELESINGER: 1986.

²⁴ Un magnífico referente de ficción lo encontramos en la narración de DOCTOROW, *La Gran Marcha*: 2006, especie de *road movie* en el que convergen actores múltiples que articulan una acción social de múltiples registros y direcciones.

²⁵ LIVERMORE: 1888.

comida y ropa y a los voluntarios. Mary Livermore realizó trabajos de oficina en Chicago, recaudaba dinero para la causa pero también se trasladó al frente unionista, donde atendía a soldados heridos en los hospitales de campaña o les acompañaba a sus casas (*The Story of my Life*²⁶). Allí, precisamente, en los hospitales de campaña, una herida desafortunada descubría el sexo del soldado que, como se ha dicho, podía ser una mujer. Entonces se las curaba, si era posible y se las mandaba a casa, donde eran recibidas con iguales honores que los varones. En 1876 una tal Loreta Vazquez, del ejército confederado, hacía públicos sus recuerdos al respecto en sus memorias, en las que revelaba orgullosa su alias militar, Harry Buford²⁷. Algunas mujeres soldado llegarían a recibir una pensión del gobierno en reconocimiento a su servicio militar; fue el caso de Sarah Edmons Seelye, en 1886. Aún a comienzos del siglo XX seguía viva la fama de estas guerreras disfrazadas de guerreros²⁸.

Por todo ello quedó un enorme poso de amargura en sus vidas cuando, al terminar el conflicto civil, la comunidad se reorganizó y les fue arrebatada la función social. Desde la humillación silenciosa y sufrida hasta el escarnio público, las mujeres pasaron por todo tipo de situaciones decepcionantes al ser expulsadas de la escena. Sin derecho al voto y ni siquiera acceso al control legal sobre sus hijos y sus propiedades, las mujeres, que en muchos casos habían sido principales abanderadas del abolicionismo –la escritura antiesclavista fue también una escritura de

²⁶ LIVERMORE:1897. Recopilación de artículos autobiográficos.

²⁷ BROCKETT y VAUGHAN: 1867.

²⁸ “Women soldiering as Men”, *New York Sun*, 10 febrero, 1901.

mujeres porque, como vimos, hablar en público era harto difícil²⁹-, aspiraron a defender ahora su propia causa. Tenían experiencia organizativa y se dejaban arrastrar hacia el futuro, desafiando la indiferencia con que se las observaba, si bien controlando el impulso natural a rebelarse de manera violenta y por ello mismo inapropiada. Elizabeth Cady Stanton se refería a menudo a su ira contenida al comprobar que el presidente de la comisión senatorial que escuchaba sus argumentos en pro del derecho al voto femenino se desperezaba con hastío, bostezaba o se quedaba mirando al techo, cuando no se entretenía en afilar un lápiz. Su larga experiencia como activista no le serviría a esta mujer cultivada y franca para dejar de admirarse ante el espectáculo de sistemático desprecio con que su actuación era evaluada en público. El temprano activismo de Elizabeth Cady Staton (1815-1902)³⁰ guardaba el valor añadido de la sabia contextualización histórica de sus reivindicaciones. Había fundado la *Women Suffrage Association* en 1869 que presidiría durante los siguientes veinte años. Staton rechazaba cualquier forma de abolicionismo –del que no obstante era ardua defensora- de no darse primero la incorporación legal de las mujeres, fuere cual fuere su color- en la esfera pública.

Ninguna regla es generalizable seguramente, pero conviene recordar que las activistas de principios del siglo XX se ganaron el derecho a participar en las urnas o a representar a sus conciudadanos en los

²⁹ No poco relevante fue el texto de Seneca Falls. MIYARES: 1999, pp, 135-158.

³⁰ Autora entre muchas otras obras, colaboraciones en prensa y discursos, merece especial atención “*Women’s Bible*” (1895), que es una buena síntesis de todas sus ideas. Ver KERN: 2001.

Parlamentos a cambio de la privación de otros placeres más íntimos. En sociedades moralmente estrictas como era la estadounidense, todo éxito va acompañado de alguna renuncia. La valentía de las pioneras es mítica y por ello merecen recuerdo y reconocimiento. Otra cosa bien distinta fue que la nueva fe del feminismo llevada a extremos bien conocidos concibiera la militancia en clave de renuncia plena “a todo lo demás” y de demonización de actitudes que podían parecer tibias. Las feministas estadounidenses³¹ no tuvieron buena prensa hasta pasado mucho tiempo. Aquellas cuya pasión por remendar el desgarró social y de género era notoria fueron conceptuadas como los sujetos desnaturalizados y horripilantes que, siendo excepción en su género, daban fe de la existencia de una especie casi perfecta: *“Una mujer grande, ancha de espaldas. Mejillas coloradas. Pesadas botas cubiertas de barro. (...) La mujer engulle gran cantidad de comida. No habla mucho. Se pone un pesado abrigo y se marcha a su reunión con las botas embarradas. Una feminista (...)”*³².

³¹ KINDELÁN: 1990, pp. 397-410.

³² CHEEVER (1954): 1985, p. 196.

FUENTES Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

AMIDON, K.S., “Carrie Chapman Catt and the Evolutionary Politics of Sex and Race, 1885-1940”, *Journal of the History of Ideas*, Vol. 68, nº2, (2007).

BAKER, J. H., *Sisters: The Lives of America's Suffragists*, Hill and Wang, New York, 2005.

BEECHER, C. E., *A Treatise on Domestic Economie for the Use of Young Ladies at Home and at School*, Boston, Thomas H. Webb & Company, 1842.

BOOTH FOWLER, R., *Carrie Catt: Feminist Politician*, Boston, Northeastern University Press, 1986.

BROCKETT, L.P. y VAUGHAN, M., *Women at War: A Record of Their Patriotic Contributions. Heroism, Toils and Sacrifice During The Civil war*, 1867.

CASADO DA ROCHA, A., *Thoreau. Biografía esencial*, Madrid, Acuarela, 2004.

CHEEVER, J., *Crónica de los Wapshot*, (1954), Madrid, Alfaguara, 1985.

CROZIER, A. C., *The Novels of Harriet Beecher Stowe*, New York, Oxford Univ. Press, 1969.

DOCTOROW, E.L., *La gran marcha*, Madrid, Roca, 2006.

FEITO, M^a T., *Louisa May Alcott*, Madrid, Edimat, 2005.

FULLER, M., *Woman in the 19th Century*, New York, The Viking Press, 1941.

GRIMKÉ, S., *Letters on the Equality of the Sexes and the Condition of Woman*, Boston, Isaac Knapp, 1838.

HAKIN, J., "Do Girls have Brains?" Cap. 22. *A History of Us. Liberty for All, 1820-1860*, USA, Oxford University Press, 2006, pp. 125-137.

KERN, K., *Mrs. Staton's Bible*. Cornell University Press; Ithaca, NY, 2001.

KINDELÁN, P., "Los orígenes del movimiento feminista. Cruzada de Harriet Beecher Stowe", *Epos*, Revista de Filología, nº6, (1990), pp. 397-410.

KINDELAN, P., "The cult of True Womanhood", *Revista Atlantis*, VOL XII, nº1, (1990), pp. 149-163.

KIRWIN, P., WEIL, A, BAUMANN, R.M (Comp), BAUMAN, R.M. (Ed)., *Guide To The Women'S History Sources In The Oberlin College Archives*, Oberlin, Gertrude F. Jacob Archival Publications Fund, Oberlin College, 1990.

LIVERMORE, M., *My Story of The War. A Woman's Narrative of Four Years Personal Experience As Nurse in the Union Army*, 1888.

LIVERMORE, M., *The Story of my Life*, 1897.

MIYARES, A., "1848. El Manifiesto de Seneca Falls" en *Revista Leviatan*, Madrid, nº75, Primavera (1999), pp.135-158.

PARKERSON, D.H. y PARKERSON, J.A., *The Emergence of the Common School in the U.S. Countryside*. Edwin Mellen, 1998.

PEABODY, E., *Aesthetic Papers*, New York, Cosimo, 2005.

PAULSON HERSTEK, A., *Dorothea Dix: Crusader for The Mentally Ill*, Enslow, 2001.

PETRULIONIS, S. H., *The Antislavery Movement in Thoreau's Concord*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 2006.

STANTON, E.C., "Women's Bible" (1895)

SCHELESINGER, A.M. Jr., *The Cycles of American History*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1986.

"Women soldiering as Men", *New York Sun*, 10 febrero, 1901.

Peticionarias estadounidenses: “habitantes femeninos” de la Comunidad ciudadana de la nación

THOREAU, H. D., *Walden and Civil Disobedience*, (1854) Barnes & Noble Classics Series, 2005.

ZAESKE, S., *Signatures of Citizenship. Petitioning, Antislavery, and Women's Political Identity*, University of North Carolina Press, 2003.